

ánimos en contra suya. Y como había nacido de la violencia militar y engendrado querellas solamente, la nación estaba cansada del imperio de la fuerza y aspiraba con ansias vivas al de la ley, siendo por lo tanto la restauración hasta de las anomalías y abusos estrictamente conformes á la ley, y que destruyó la espada, cosa que producía general entusiasmo.

Cierto es que había numerosa oposición en la Cámara de los Comunes, compuesta de republicanos declarados y de realistas encubiertos; pero en cambio, fuerte y compacta mayoría se mostraba propicia siempre á la idea de resucitar la Constitución antigua bajo nueva familia, siendo entónces Ricardo reconocido de una manera solemne por primer magistrado de la república, y consintiendo los diputados no solamente en dirigir los negocios con los lores nombrados por Oliverio, sino en reconocer por medio de una votación á los nobles que se pusieran de parte de las libertades públicas el derecho de tomar asiento en la Cámara alta sin más nombramiento.

Todo marchaba bien. Los hombres de Estado, cuyos consejos ilustraban á Ricardo, cumplían debidamente su cometido en bien del príncipe y de la patria. El Gobierno se hallaba formado casi de igual modo que al comenzar la guerra civil; y es indudable que si el Protector y el Parlamento hubieran podido seguir así su camino sin encontrar obstáculos, se habría establecido desde luego un orden de cosas semejante al que se creó más tarde bajo la casa de Hannover; pero había en el Estado un elemento suficiente á desbaratar los planes del Protector y de las Cámaras. Porque como Ricardo no ejercía sobre los soldados otra influencia que la inherente al prestigio de su nombre, ni los había llevado nunca á la victoria, ni vestido nunca el traje militar, y sus gustos é inclinaciones

eran pacíficos, sus opiniones y sentimientos en materia religiosa no merecían el aplauso de los *santos* militares; y como aun cuando era excelente persona, y dió de ello más sólida muestra que lo fueron nunca los suspiros y los sermones, probándolo con su dulzura y humildad cuando se halló en la cumbre de los honores y de las grandezas humanas, y con su tranquila resignación en medio de infortunios y adversidades crueles, y le infundía un disgusto, que no siempre tuvo la prudencia de ocultar, la jerga mística que á la sazón estaba de moda en los cuerpos de guardia, no eran sus amigos los oficiales de verdadero influjo en las tropas establecidas cerca de Londres. Eran estos hombres distinguidos por su esfuerzo y su conducta en los campos de batalla, pero faltos de la prudencia y valor cívico que poseía en tan alto grado su antiguo caudillo, y si bien algunos honrados, independientes y republicanos, todos adolecían de fanatismo. Fleetwood los representaba; otros estaban impacientes de ser lo que había sido Oliverio, exaltadas sus imaginaciones con su rápida elevación, su prosperidad y su gloria, la inauguración de su gobierno en la sala de Westminster y sus funerales tan suntuosos en la Abadía. Y como nada tenían que envidiarle por su nacimiento y educación, no acertaban á explicarse por qué serían indignos de vestir la púrpura y de llevar la espada del Estado; y perseguían, por tanto, el objeto de sus extrañas ambiciones, no de igual modo que Oliverio, esto es, con paciencia, vigilancia, sagacidad y resolución, sino de una manera inquieta é irresoluta, que es la propia de los ambiciosos vulgares, siendo, empero, la más notable de todas las malas copias de original tan extraordinario la de Lambert.

LXIV.

CAÍDA DE RICARDO Y VUELTA DEL PARLAMENTO LARGO.

El mismo día del advenimiento de Ricardo comenzaron los militares á conspirar contra el nuevo señor, siendo eficaz á precipitar la crisis la buena inteligencia que había entre el Protector y su Parlamento. Porque, como á causa de ella cundiera por los cuarteles el temor y el odio, y el espíritu militar y religioso del ejército se sintieran heridos al propio tiempo de una manera profunda, y pareciera que los Independientes quedarían sometidos á los Presbiterianos, y las armas á la toga, luego se formó una coalición entre los oficiales descontentos y la minoría republicana de la Cámara de los Comunes. Difícilmente habría podido triunfar Ricardo de esta coalición aun cuando hubiera heredado el carácter de hierro y la inteligencia clara de su padre; pero es lo cierto que la sencillez y la dulzura no eran las cualidades que requerían las circunstancias, y que cayó sin gloria y sin hacer la menor resistencia, sirviéndose de él como de un instrumento el ejército para pronunciar la disolución de la Cámara, y dándole de lado después despreciativamente. Los oficiales, entonces, para demostrar gratitud á sus aliados republicanos, declararon que la expulsión del Parlamento *Rump* había sido ilegal, y convocaron á sus individuos para que se reunieran y reanudaran sus tareas, lo cual hicieron el Presidente y número bastante de sus individuos, quedando proclamados y constituidos, en medio de las burlas y de

la execración del pueblo en masa, por supremo poder del Estado. Declaróse también al propio tiempo, de una manera expresa, que no habría en lo sucesivo ni primer magistrado ni Cámara de los Loes.

No podía durar un estado de cosas semejante, y el mismo día que volvió á entrar en funciones el Parlamento Largo, renació de sus cenizas la pasada querrela entre la Cámara y el ejército. Pero como se olvidara de nuevo el Parlamento *Rump* de que debía la existencia sólo á la voluntad de los soldados, y comenzase otra vez á tratarlos con altivez, de nuevo cerraron éstos sus puertas, empuñando las riendas del Gobierno uno provisional, designado por ellos.

Entre tanto, el presentimiento de grandes males y daños, y el temor de otros más graves aún y próximos, habían concluído por formar y apretar los lazos de una liga entre Caballeros y presbiterianos. Porque si bien hubo presbiterianos dispuestos á echar los cimientos de esta concordia tiempo antes de la muerte del rey Carlos, hasta después de la caída de Ricardo Cromwell no comenzó el partido entero á interesarse apasionadamente por la restauración de la familia destronada. Y como no era posible alentar siquiera la esperanza de ver restablecida bajo nueva dinastía la Constitución antigua, se hacía necesario escoger entre los Estuardos y el ejército.

Grandes fueron las faltas cometidas por la familia proscripta; mas también lo fué la expiación, siendo lícito esperar que las prolongadas y rudas enseñanzas recibidas en la escuela de la desgracia, hubieran producido saludables efectos, y que merced á ellas, no se borrara nunca de la memoria de Carlos II el terrible recuerdo de las postrimerías de su padre. Pero aunque así no fuera, los peligros que amenazaban á la nación eran tales que, para conjurarlos, bien podía correrse

la aventura de comprometer opiniones y de afrontar peligros. Pues si bien era probable que por obra de la Restauración cayese la Inglaterra bajo la más odiosa y degradante de todas las formas de gobierno, es á saber, de aquella que une á los males del despotismo los de la anarquía, se antojaba, y era, en efecto, preferible tanto daño al yugo vergonzoso de una serie de tiranos, incapaces y oscuros, elevados sucesivamente al poder, como los beyes de Berbería, merced á periódicas revoluciones militares. Probablemente sería Lambert el primero de éstos; pero al cabo de un año Lambert cedería el puesto á Desborough y Desborough á Harrison, y cada vez que pasara el mando de uno á otro saquearía la nación para recompensar á las tropas, en celebridad de su advenimiento. Si los presbiterianos permanecían alejados de los realistas, la nación se arruinaba, siendo lícito dudar de que pudiera salvarse con el esfuerzo reunido de realistas y presbiterianos, porque los habitantes de la isla entera se hallaban bajo el influjo del temor que les infundía el ejército, y los Caballeros, convencidos en cien batallas de la impotencia del número contra la disciplina, estaban más aterrados aún que los Motilones.

LXV.

MONK Y EL EJÉRCITO DE ESCOCIA SE DIRIGEN Á INGLATERRA.

En tanto que los soldados permanecieron unidos, todas las conjuras y sublevaciones fueron en vano; pero algunos días después de la segunda expulsión del Parlamento llegaron nuevas ocasionadas á rego-

ciar á los amigos de la monarquía y de la libertad; que la fuerza poderosa por tantos años compacta y sumisa y que á causa de esto había sido incontrastable siempre, se hallaba dividida contra sí misma.

El ejército de Escocia, cuyos grandes servicios á la república eran conocidos de todos, y que podía dar muestra de su fuerza bajo las mejores condiciones posibles; que no participó en las últimas revueltas, y que las consideró con tanta indignación como las legiones romanas acampadas á orillas del Eufrates y del Danubio cuando supieron que los guardias pretorianos sacaban á subasta el imperio, creyó insufrible que algunos regimientos, por el hecho de tener sus cantones cerca de Westminster, pudieran á su capricho en seis meses hacer y deshacer gobiernos. Pues, si era conveniente que dirigiese la gobernación del Estado el ejército, así tenían derecho á ser oídos y á manifestar su voluntad los soldados que mantenían el ascendiente de Inglaterra al Norte del Tweed, como la guarnición de la Torre de Londres. Por otra parte, menos fanatismo parece haber demostrado el ejército de Escocia que lo demás de él, y en cuanto á Jorge Monk, su general, nada tenía ciertamente de místico. Al comenzar la guerra civil, tomó los armas en favor del Rey, cayó prisionero de los Motilones, aceptó después un cargo militar del Parlamento, y sin pretender plaza de *santo* (1), logró elevarse con su valor y pericia en la carrera de las armas á los mandos principales. Había sido servidor utilísimo de los dos Protectores, aceptado tranquilamente la expulsión de Ricardo y la restauración del Parlamento largo en Westminster, y acaso hubiera también consentido en la segunda expulsión del Parlamento, á no darle motivos el Go-

(1) Así se llamaban los de Cromwell á sí mismos.—N. del T.

bierno provisional de disgusto y de temor, porque de suyo era prudente, y hasta cierto punto apático, y no nada dispuesto á exponer ventajas seguras y modestas á riesgo ninguno, siquiera fuese con la probabilidad de conseguir triunfo señalado y brillante; pudiendo decirse, además, que antes pareció inducirlo á combatir los nuevos jefes de la república el recelo de no estar seguro sometido á ellos, que la ambición de grandeza, sometiéndolos. Pero, sea de esto lo que quiera, es lo cierto que se declaró campeón del poder civil oprimido, que se negó á reconocer la autoridad usurpada del Gobierno Provisional, y que marchó sobre Inglaterra á la cabeza de 7.000 veteranos.

Este movimiento fué la señal de una revolución en todo el país. El pueblo en masa se negó á pagar los impuestos; los aprendices de la *city* se congregaron á millares y pidieron á grito herido un Parlamento libre; la escuadra romontó el Támesis y protestó contra la tiranía del ejército; el ejército, á su vez, que ya no estaba enfrenado y dirigido por un hombre superior, se dividió; cada regimiento se apresuró á reconciliarse con la nación separadamente de los otros, temeroso de quedar solo y expuesto á la venganza del pueblo; y Lambert, que había salido al encuentro del ejército de Escocia, se vió abandonado de los suyos y en poder del enemigo. Por espacio de trece años, en cuantos conflictos hubo, cedió el poder civil al militar forzosamente; á contar de aquel momento el poder de la milicia cedió en todo al poder civil; y el Parlamento Largo, con estar aborrecido y despreciado de la generalidad del pueblo, por ser la única corporación política del país que conservara todavía un resto de autoridad legal, volvió de nuevo á ocupar sus escaños en la Cámara, de la cual había sido expulsado ignominiosamente dos veces consecutivas.

Así las cosas, avanzaba Monk sobre Londres. Por donde iba se agolpaba la *gentry* (1) á su alrededor, rogándole y suplicándole que hiciera uso de su poder para restituir á la paz y á la libertad la nación desgarrada. Él, entre tanto, taciturno y frío, sin pasión por ninguna idea religiosa ni política, permanecía reservado é impenetrable. ¿Cúyo era su plan? ¿Tenía entonces alguno? Preguntas son éstas difíciles de contestar de una manera satisfactoria, porque su principal objeto parecía ser conservar sin menoscabo alguno, el mayor espacio de tiempo que fuese posible, completa libertad de acción entre diversas maneras de conducta, en lo cual consiste generalmente la política de los que, como él, antes se distinguen de los demás por la prudencia que por la sagacidad. Todo induce á creer, sin embargo, que sólo adoptó un plan de conducta días despues de llegar á la capital, cuando entendié los clamores unánimes del pueblo que pedía un Parlamento libre, y no era dudoso que un Parlamento real y verdaderamente libre llamaría sin tardanza del destierro á la familia desterrada. Pues si bien es cierto que el Parlamento *rabadilla* (2) y los soldados eran todavía hostiles á la casa de los Estuardos, también lo es que aquél estaba universalmente aborrecido y despreciado, y que aun cuando era formidable la fuerza de las tropas, la discordia la debilitaba. Demás de esto, carecían de jefes, estaban indisciplinados, se habían batido unos contra otros los regimientos en diversas partes del país hacía poco, y el mismo día que llegó Monk á Londres hubo un combate en el *Strand* entre la caballería y la infantería.

(1) La clase media.—N. del T.

(2) Así llamaban los Ingleses al Parlamento Largo en són de menosprecio (*Rump Parliament*).—N. del T.

El ejército unido logró antes someter á la nación dividida, y tenerla bajo su yugo largo tiempo; ahora la nación estaba unánime y el ejército discorde.

LXVI.

MONK SE DECLARA EN FAVOR DE UN PARLAMENTO LIBRE.

Durante algún tiempo el disimulo ó la irresolución de Monk mantuvieron á los partidos políticos en un estado de angustiosa zozobra; mas al fin rompió el silencio tan prolongado que guardaba, y se declaró favorable á la idea del Parlamento libre.

No bien cundió la noticia de la resolución adoptada por el General, el pueblo inglés en masa rompió en vítores y aclamaciones, no cabiendo en sí de gozo. Allí donde Monk parecía, lo rodeaba la muchedumbre colmándolo de aplausos y de vivas; echáronse las campanas á vuelo en toda Inglaterra; la cerveza corrió por las calles como llovida, y durante algunas noches se iluminó Londres de tal modo, que á cinco millas de distancia se le veía coronado de una aureola de resplandor rojizo. Los Presbiterianos de la Cámara de los Comunes, que fueron expulsados de sus bancos algunos años antes por el ejército, volvieron á ocuparlos, siendo acogidos con aclamaciones por la muchedumbre que llenaba la sala de Westminster y el patio del palacio, en tanto que los jefes Independientes no se atrevían á presentarse siquiera en las calles, ni se creían seguros, ni tampoco lo estaban en sus casas. Tomáronse con esto medidas momentáneas de precaución por el Gobierno, se dieron las órdenes ne-

cesarias para una elección general, y entonces, el memorable Parlamento, que por espacio de veinte años cumplidos de grandes sucesos había pasado por tan diversas vicisitudes, que triunfó de su Rey, que humillaron y redujeron sus servidores, que dos veces consecutivas se vió expulsado y restablecido, decretó de una manera solemne su propia disolución.

LXVII.

ELECCIONES GENERALES DE 1690.

El resultado de las elecciones fué como podía esperarse del espíritu que informaba entonces á la nación, pues si se exceptúan algunos diputados, la nueva Cámara era en totalidad resuelta y francamente adicta en todo á la familia real, formando la mayoría los Presbiterianos.

No parecía, por tanto, dudoso á nadie que se acercaba la hora de ver restaurados á los Estuardos en el trono, aunque sí dudaban todos, y esto traía los ánimos inquietos, que pudiera verificarse un suceso de tanta trascendencia sin derramamiento de sangre, pues el ejército se mostraba contrario á las corrientes de la opinión pública, y no hacía misterio de su odio al dictado de rey, al nombre de Estuardo, al presbiterianismo, y menos aún al episcopado. Porque como viese con ira y despecho próxima la última hora de su poder, tan fuerte y omnímodo por espacio de tantos años, y con ella el comienzo de nueva vida de todo en todo diferente, pareciéndole que sería de miseria y de trabajo ingrato y oscuro, atribuía su mala

ventura y el fracaso de sus esperanzas á flaqueza de ciertos jefes y á traición de otros. Una hora de vida de su inolvidable caudillo habría bastado en aquellos momentos para restituírle la gloria que lo abandonaba, con tanto más motivo, cuanto que, aun siendo víctima de la traición, y estando discorde y sin generales á quienes confiar su suerte, todavía era temible, pues no se arrostran impunemente la rabia y la desesperación de cincuenta mil hombres armados que no han vuelto nunca la espalda al enemigo. Y como así lo entendían Monk y aquellos con quienes concertaba sus planes, y se daban perfecta cuenta de los peligros de la crisis, pusieron en ejecución todo linaje de artificios para sosegar y dividir á los soldados descontentos, adoptando al propio tiempo medidas de rigor para el caso de un conflicto. Empleáronse medios de seducción con el ejército de Escocia que se hallaba en Londres, á fin de sujetar su voluntad á la del general en jefe, y en esta obra secundaron por modo tan admirable á Monk los ciudadanos ricos, que trataban á sus soldados cual si fuesen camaradas, siendo tan pródigos con ellos de los mejores vinos, que más de una vez se vió á los *santos* belicosos en un estado que no hacía honor ciertamente ni á su carácter religioso ni á su carácter político. Entonces se aventuró Monk á licenciar algunos regimientos desafectos, y el Gobierno provisional por su parte, apoyado de sus agentes y de los vecinos, hizo esfuerzos eficaces para organizar la Milicia, que llegó en poco tiempo á la cifra de ciento veinte mil hombres, de los cuales veinte mil pasaron revista en Hyde-Park, perfectamente armados y vestidos, demostrando con su actitud que sabrían combatir en caso necesario por sus hogares, y justificar las esperanzas que se fundaban en ellos. Y como la escuadra participaba de los

propósitos de la nación, aunque fueron aquéllos momentos de ansiedad y de angustia, también lo fueron de confianza, pues si creía la opinión pública que habría una lucha sangrienta y desesperada, esperaba ver por ella redimida la Inglaterra, y que la clase de hombres que la gobernó largo tiempo con la espada sucumbiría por ella.

Felizmente se conjuraron los peligros del conflicto; y si hubo un momento gravísimo por haberse fugado Lambert de la cárcel y llamado sus compañeros á las armas, comenzando de nuevo con esto la guerra civil, luego quedó extinguido el incendio antes de propagarse, merced á rápidos y enérgicos esfuerzos que dieron por resultado la prisión del triste imitador de Cromwell; fracaso que abatió el valor de las tropas y las forzó á resignarse con su mala ventura.

LXVIII.

LA RESTAURACIÓN.

El nuevo Parlamento que por no haber sido convocado á virtud de Cédula real debe designarse bajo el nombre de Convención, se reunió en Westminster, volviendo entonces á entrar los lores en aquella sala de la cual estuvieron alejados más de once años forzosamente; y, reunidas que estuvieron ambas Cámaras, instaron al Rey para que volviese á su patria. Proclamóse á Carlos con pompa inusitada; una escuadra numerosa y brillante lo trajo de Holanda á las costas de Kent, y cuando desembarcó lo esperaban en los acantilados de Dover millares de ciudadanos

con lágrimas en los ojos. Fué su viaje hasta Londres una marcha triunfal no interrumpida, y todo el camino desde Rochester se veía cubierto por ambos lados de barracas y tiendas de tal modo aglomeradas que lo hacían semejante á una feria interminable. Banderas, músicas, repiques de campanas, vítores, aclamaciones, luminarias, y vino y cerveza en abundancia para brindar á la salud del que traía consigo el restablecimiento de la paz, de la libertad y de la ley, tal era el cuadro que se desarrollaba desde Dover hasta la capital. Pero, en medio de la general alegría, se presentaba un punto negro en el horizonte. Porque, como se hubiera formado el ejército en línea para saludar al Soberano en Blackheath, aun cuando Carlos pareció risueño, se inclinó y dió la mano á besar á los jefes, fué inútil su gentileza y cortesía, pues los soldados permanecieron silenciosos y en actitud poco benévola, pudiendo decirse que si hubieran dado libre curso á la hostilidad que los animaba, el magnífico espectáculo á cuyo lucimiento contribuían con el brillo de sus armas habría tenido trágico y luctuoso remate. Mas no era posible aunar las voluntades; que la discordia y la deserción los habían tornado celosos de sus jefes y de sus mismos compañeros, y además se hallaba en masa sobre las armas la Milicia de Londres y numerosas compañías que iban llegando de todos los puntos del reino, mandadas por la nobleza y hombres adictos, para recibir al Rey. Por tal manera concluyó en paz aquel día grande y memorable, y el fugitivo restaurado pudo descansar seguro y tranquilo en el palacio de sus mayores.

CAPÍTULO SEGUNDO

Reinado de Carlos II.

- I. Conducta injustamente censurada de los que restauraron la familia de Estuardo.—II. Cesan los feudos de estar sujetos al tributo militar.—III. Licenciamiento del ejército.—IV. Renacen las querellas entre Caballeros y Motilonos.—V. Diferencias religiosas.—VI. Impopularidad de los Puritanos.—VII. Carácter de Carlos II.—VIII. El Duque de York y el Conde de Clarendon.—IX. Elecciones generales de 1661.—X. Actitud violenta de los Caballeros en el nuevo Parlamento.—XI. Persecución de los Puritanos.—XII. Ceño de la Iglesia por la monarquía hereditaria.—XIII. Cambio que se verificó en las costumbres.—XIV. Corrupción de los hombres de Estado en aquel tiempo.—XV. Estado de Escocia.—XVI. Estado de Irlanda.—XVII. Se hace impopular el Gobierno de Inglaterra.—XVIII. Guerra con los Holandeses.—XIX. Oposición en la Cámara de los Comunes.—XX. Caída de Clarendon.—XXI. Estado de la política europea y ascendiente de la Francia.—XXII. Carácter de Luis XIV.—XXIII. La triple alianza.—XXIV. El partido nacional.—XXV. Relaciones entre Carlos II y la Francia.—XXVI. Miras de Luis XIV respecto de la Inglaterra.—XXVII. Tratado de Dover.—XXVIII. El Gabinete inglés.—XXIX. La Cábala.—XXX. Suspende pagos el tesoro.—XXXI. Guerra con las Provincias Unidas y su peligro.—XXXII. Guillermo, príncipe de Orange.—XXXIII. Se reúne el Parlamento.—XXXIV. Recházase la Declaración de Indulgencia y se adopta la ley del *Test*.—XXXV. Disolución de la Cábala.—XXXVI. Paz con las Provincias Unidas.—XXXVII. Administración de Danby.—XXXVIII. Situación difícil del partido nacional.—XXXIX. Intrigas de este partido con la Embajada francesa.—XL. Paz de Nimega.—XLI. Descontento de los Ingleses.—XLII. Caída de Danby.—XLIII. La conjura católica.—